La incomodidad de Trump



Felipe Vergara Maldonado
Analista político
Director de Postgrados
FEN UNAB

En plena noche electoral, Donald Trump escribió que su nombre no estaba en la papeleta de las elecciones de medio término y que, de haberlo estado, habría ganado por goleada, frase que junto a su jockey rojo con la palabra veto, dice mucho de lo inesperados que fueron los resultados para el mandatario.

El presidente recorrió el país con mítines casi diarios, pidió a sus seguidores votar como si él estuviera en la papeleta y hasta prometió un "dividendo Trump" de 5.000 dólares para cada adulto ciudadano si los republicanos retenían el Congreso, sin precisar cómo lo financiaría. Es difícil concederle, entonces, el papel de ausente; aunque su nombre no figuraba en el voto, Trump convirtió estos comicios en un plebiscito sobre sí mismo, y el veredicto no le fue favorable. Según las proyecciones, los demócratas recuperan la Cámara de Representantes, con 228 escaños asegurados y un techo posible de 244, y también el Senado, donde alcanzan 54.

Que el oficialismo pierda terreno a mitad del período es casi una ley de la política estadounidense; que lo pierda en Texas es un golpe al mentón. Allí, James Talarico, pastor presbiteriano y educador, será el primer demócrata en llegar al Senado federal por ese Estado en 38 años, tras derrotar a Ken Paxton, una apuesta personal de Trump y Elon Musk que solo en Texas desembolsó 190 millones de dólares al partido Republicano. Gina Hinojosa, además, desplazó a Greg Abbott, que buscaba un cuarto mandato, y será la primera latina en gobernar Texas. En Kansas, el triunfo de Adam Hamilton rompió una tendencia de casi un siglo.

Para los chilenos y, en general, para Latinoamérica, el dato más esperado es el voto latino. En 2024 fue una de las piezas fundamental del regreso de Trump, pero a juzgar por lo ocurrido en Texas, esta vez se le habría escapado. Las estimaciones preliminares del New York Times sugieren que los hispanos se habrían inclinado en un 69% hacia los demócratas, un alza de 32 puntos respecto de 2024, alza que se repite en casi todos los grupos poblacionales.

El electorado participó activamente de esta elección de medio término, hubo un aumento de votos en relación a la anterior y aunque no hay una sola tesis sí se confirma que cuando se golpea el bolsillo, como muestran la inflación, la gasolina más cara por el conflicto en Irán, los aranceles y una política migratoria cuestionada, la convicción del malestar del votante se refleja en las urnas.

Trump, que no puede aspirar a un tercer mandato, gobernará dos años con un parlamento adverso; con la Cámara en manos demócratas, pudiendo frenar la agenda de la Casa Blanca, abrir investigaciones e impulsar juicios políticos, aunque una destitución exigiría dos tercios del Senado, un umbral difícil de alcanzar. Más incómodo será el control de la Cámara Alta, que permite condicionar la política exterior y bloquear nominaciones en la Corte Suprema. Su disposición a trabajar con la nueva mayoría, expresada a la prensa, sorprende en quien jamás aceptó su derrota de 2020. Habrá que ver cuánto dura cuando lleguen las primeras investigaciones.

A los gobiernos que, como Chile, Argentina y Colombia miran a Washington como referente, esta elección les entrega un factor para analizar. ¿Conviene casarse con una ideología que no está cosechando lo esperado? A la luz de estos resultados preliminares, cuando la propia popularidad muestra una caída relevante, quizás sea aconsejable algo más de cautela.

Las opiniones y conceptos vertidos por los columnistas en nuestras páginas de redacción son de absoluta responsabilidad de sus autores y no necesariamente representan el pensamiento de La Tribuna.

LA DIRECCIÓN

El alza del petróleo golpea el bolsillo de las familias chilenas



Patricia Esparza
Académica de la Escuela de Ingeniería Comercial
Universidad de Las Américas

El aumento del precio internacional del petróleo se ha convertido en un factor de presión sobre el poder adquisitivo de los hogares chilenos. Durante 2025, el valor del barril Brent se mantuvo por debajo de los US$81, lo que contribuyó a moderar las presiones sobre los costos energéticos y generó expectativas de una recuperación gradual de la economía nacional, en un contexto marcado por un crecimiento económico débil. Sin embargo, el reciente incremento del crudo, que ha superado los US$110 por barril, ha reactivado las alertas sobre sus posibles efectos en la inflación, el consumo y bienestar de la población.

El alza de los precios de este commodity puede impactar a las familias a través de cuatro canales. El primero es el encarecimiento del transporte, producto del aumento del valor de las bencinas y otros combustibles. Esto eleva los gastos de quienes utilizan vehículos particulares, locomoción colectiva y también el traslado de mercancías.

El segundo canal corresponde al aumento del precio de los alimentos y bienes de consumo. El transporte, almacenamiento, refrigeración y distribución forman parte de la estructura de costos de numerosos productos. Por ello, cuando sube el precio del petróleo, estas alzas pueden reflejarse en lo que pagan los consumidores en supermercados, ferias y otros establecimientos comerciales.

El tercer mecanismo se relaciona con el tipo de cambio. Como Chile es un importador neto de petróleo, un aumento del precio internacional del crudo incrementa, en igualdad de condiciones, los recursos en dólares necesarios para financiar estas importaciones. Esta mayor demanda de divisas puede ejercer presión sobre el tipo de cambio, aunque su evolución también depende de otros factores, como las tasas de interés, los precios de otros productos de exportación y las condiciones financieras internacionales. Si el peso chileno se deprecia frente al dólar, los bienes importados pueden encarecerse aún más.

El cuarto canal es el deterioro del ingreso real de los hogares. Cuando el aumento de los costos energéticos se traduce en una inflación más elevada, los salarios pierden poder adquisitivo al no crecer al mismo ritmo que los precios. Además, el incremento de la Unidad de Fomento (UF), como consecuencia de la inflación, eleva en pesos el valor de las obligaciones expresadas en esta unidad, entre ellas los dividendos de determinados créditos hipotecarios y algunos contratos de arriendo. Esto reduce el margen disponible de las familias para cubrir su consumo y gastos no indispensables.

Es así como un factor externo puede afectar la economía interna presionando el tipo de cambio y los niveles de precios, contribuyendo a generar mayores presiones inflacionarias. Si estos efectos coinciden con un crecimiento económico débil y dificultades en el mercado laboral, el impacto sobre el bienestar de las familias se intensifica, ya que los ajustes se traducen en menor gasto y capacidad de ahorro.

El efecto del petróleo trasciende ampliamente a quienes compran bencina o poseen un automóvil, ya que inclusive los hogares que no utilizan vehículos particulares pueden enfrentar un mayor costo de vida debido al encarecimiento de los alimentos, el transporte público y otros bienes y servicios de uso cotidiano.

Cuando el PIB no alcanza



Rodrigo Montero
Decano Facultad de
Administración y Negocios
Universidad Autónoma de Chile

Natalia Bernal
Académica Facultad de Negocios
y Tecnologías
Universidad Gabriela Mistral

Las calles de Europa están enviando una señal que las estadísticas tradicionales no siempre capturan a tiempo. En Francia, Italia y España, las protestas han mezclado demandas por salarios, vivienda, servicios públicos y costo de la vida. En España, el salario mínimo mensual ronda los 1.221 euros, mientras el arriendo de un departamento de 80 m² promedia cerca de 1.130 euros. En Italia, la inflación llegó a 1,2% en septiembre, por sobre el 3,8% de la eurozona. No es extraño que, detrás de cifras macroeconómicas aparentemente manejables, exista una percepción mucho menos confortable de la realidad. Incluso el promedio puede engañar: la satisfacción con la vida en la Unión Europea alcanzó 7,2 sobre 10 en 2025. Una media razonable puede convivir con grupos que enfrentan una presión económica y social muy distinta.

Hace diecisiete años, la Comisión Stiglitz-Sen-Fitoussi advirtió precisamente sobre este problema: lo que medimos condiciona lo que hacemos. El PIB es indispensable para conocer cuánto produce una economía, pero es insuficiente para saber cómo viven sus habitantes. El informe llamó a complementar las variables objetivas con medidas de satisfacción con la vida, emociones y prioridades, e incluso recomendó que las oficinas estadísticas incorporaran estas preguntas de manera regular. Más importante aún, sugirió desarrollar estudios longitudinales, capaces de seguir a las mismas personas en el tiempo.

Buena parte del mundo desarrollado tomó nota. El Reino Unido incorporó desde 2011 cuatro preguntas de bienestar personal a su Annual Population Survey y hoy monitorea satisfacción con la vida, sentido de propósito, felicidad y ansiedad. Eurostat construyó un marco de calidad de vida de "8+1" dimensiones e incorpora satisfacción vital en EU-SILC (European Union Statistics on Income and Living Conditions). La OCDE lanzó en 2011 su Better Life Initiative y Nueva Zelanda utiliza su Living Standards Framework para evaluar políticas considerando distribución, resiliencia, productividad y sostenibilidad. El mensaje es claro: crecer importa, pero también importa saber quién se beneficia, quién queda atrás y cómo las personas experimentan ese crecimiento.

Chile ha avanzado. La Encuesta de Bienestar Social, aplicada en 2021, 2023 y 2025, mide once dimensiones y recoge explícitamente bienestar subjetivo. En 2025, un 82% declaró estar satisfecho con su vida, pero entre el quintil de menores ingresos la cifra fue 77%, frente a 87% en el quintil superior. La EBS profundiza además en evaluación de la vida, afectos y eudaimonía. Es un paso relevante, pero todavía observamos principalmente fotografías sucesivas de la población.

El siguiente salto debiera ser longitudinal y de largo plazo: seguir a las mismas personas y conocer cómo un despido, una enfermedad, el aumento del arriendo, el miedo al delito o una política pública cambian su bienestar. Eso permitiría distinguir correlaciones de trayectorias y acercarnos mejor a efectos causales.

Europa recuerda hoy una lección incómoda: una economía puede mostrar cifras razonables y, al mismo tiempo, acumular malestar. Medir ese malestar no sustituye al PIB, al empleo o a la inflación. Los complementa. Porque cuando las estadísticas oficiales y la experiencia cotidiana se separan demasiado, la política suele enterarse tarde: cuando el descontento ya está en la calle.